

# “Pedagogía de la Traición”

## *Sobre la figura del padre en el contexto patriarcal, su abandono y los procesos de acompañamiento y sanación desde la mirada de un hombre joven*

José Mauricio Táquez Durán\*

Asociación SerNiña, Guatemala

### Resumen

El trabajo de análisis de la construcción social del género y en específico de la masculinidad como asunto de poder es relativamente reciente en el contexto de Guatemala. Constituye no solo un espacio para el análisis y el discurso sino también un movimiento trastocador de las estructuras de poder a nivel sociopolítico. En el presente ensayo, Mauricio Táquez Durán comparte su experiencia y mirada como hombre joven y también desde su trabajo comunitario como acompañante de niños, adolescentes y jóvenes de comunidades de Sacatepéquez en Guatemala, posicionando al trabajo de formación y sensibilización alrededor de la masculinidad hegemónica y dominante como un proceso de traición por parte de las sociedades hacia el orden patriarcal de organización social.

### Palabras clave

Masculinidades; género; niñez; juventud; hombres; social; político; traición; popular; comunitario.

*Y esa es mi venganza*

---

\* Coordinador de programas para juventudes. Cofundador Divergencia Colectiva. Antigua Guatemala, Sacatepéquez, Guatemala. Bachiller en ciencias y letras, 9no. Semestre en Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de San Carlos de Guatemala. Orcid: [0009-0001-2862-9201](https://orcid.org/0009-0001-2862-9201). Correos electrónicos: [Mauriciojosta11@gmail.com](mailto:Mauriciojosta11@gmail.com) / [coordinaciondejuventudes@sernina.onmicrosoft.com](mailto:coordinaciondejuventudes@sernina.onmicrosoft.com)

*Mi hombría espera paciente  
que los machos se hagan viejos*

Pedro Lemebel

## Corporalización

Yo me llamo José Mauricio, esos dos nombres son herencia directa de mi abuelo paterno, José Mauricio (por decisión de mi papá), mis apellidos son Táquez y Durán, los Táquez son una familia guatemalteca (y hasta donde yo sé) originaria de Santiago, Sacatepéquez, aunque la mía se formó del lado de la Antigua (la generación que antecede a la mía) y los Durán son una familia salvadoreña cuya generación que me antecede migró desde Sonsonate hacía La Libertad huyendo de un padrastro violento y agresor (el padre biológico se había ido bastante tiempo antes).

Mi papá creció en la Antigua y en su juventud, junto con su familia, se fueron a vivir a Los Llanos, un proyecto habitacional del Banco Nacional de Vivienda en el municipio de Jocotenango, Sacatepéquez, y que nació más o menos en la década de los 80's (la verdad no estoy seguro, cuando escribo "Los Llanos" en el buscador solo me aparecen anuncios de casas en venta y noticias sobre asesinatos). Ahí se establecieron los Táquez, en una casita del mismo tamaño de otras trescientas y que, no en mucho tiempo, se convertiría en un palomarcito.

Mi mamá y sus hermanas, renunciando a vivir en un hogar violento y en busca de trabajo, se mueven de Sonsonate a La Libertad, de ahí a Santa Ana, luego al otro lado de la frontera, a Jutiapa, para después llegar a Amatitlán, donde conoce a mi papá y de nuevo se mueve, ahora al que sería su lugar por casi treinta años, Jocotenango.

De ese encuentro nacieron cinco seres: Milca, Gabriela, Alejandra, Mauricio y Kimberly. Yo nací del cuarto parto de mi madre.

Quise comenzar este ensayo hablando sobre este encuentro con la intención primera de convencerme a mí mismo sobre que lo que voy a escribir anhela buscar mi entera verdad, estoy a punto de digerir y transformar una de las ideas que más persistentes tengo en este momento de mi vida. Vengo a hablar sobre un ser que a través de los años pude aprender a reconocer y al que en este momento de mi vida tengo toda la intención de identificar, exponer y denunciar como el responsable de infelicidades mías y las de muchas personas a mi alrededor. Él, por mucho tiempo ha ordenado, coordinado y castigado nuestras vidas y cuerpos, de los hombres y de las mujeres.

Hablo de lo que he comenzado a nombrar como la "*figura del padre*" que, grosso modo, defino como un *supra ente* de la instrucción e instrumentalización patriarcal

respecto a los cuerpos, mentes y sexualidades de los hombres y que no necesariamente se personifica en el padre biológico, sino en todo espacio social y cuerpo que repite, educa y promueve el régimen conductual de la masculinidad.

Construyo esta idea desde mi trayectoria política y pedagógica cercana a niños y hombres jóvenes con quienes he compartido espacios y vida materializando presentes dignos y disfrutables, complementada de la experiencia terapéutica y crítico-política con el centro de sanación interpersonal Q'anil, a quienes agradezco el trascendental trabajo por la sanación de las corporalidades y sexualidades de mujeres y hombres en Guatemala.

## ¿Somos los hombres violentos por naturaleza?

Cuando tenía unos nueve o diez años llegué a uno de los espacios más lindos con los que he podido tener contacto, sabiendo de la realidad que me fue entregada, un proyectito extraescolar de barrio llamado Los Patojos. En Los Patojos pasé más o menos ocho años de mi vida, ahí conocí cosas y gentes maravillosas, fue en este lugar que comencé a restregarme los ojos y a ver mi realidad de otra forma, con ganas de que fuese diferente, con menos golpes y más colores y canciones. De niño a adolescente y de ahí a joven adulto pasaron muchísimas cosas, muchas tenían que ver con pensar crítico, ver sensible y moldear afectos con el mundo.

Ahí y en los espacios que fui encontrando en el camino me reconocí como un sujeto político, y tomé por vocación educar y materializar realidades disfrutables para todas las personas, es aquí donde escucho por primera vez la palabra feminismo.

Sonaba fácil para los hombres, porque el feminismo era lucha de mujeres, pero si yo lavaba mi ropa o barría ya estaba ayudando, o se validaba el esfuerzo con un - “yo crecí en una casa en la que las mujeres hacían todo”-.

Qué si no... Cuando esos diálogos entre jóvenes fueron yéndose mucho más profundo ya se visualizaba otro plano, uno para nada cómodo, uno en el que la identidad y cuerpo de los hombres estaba llegando a ser la personificación de la violencia patriarcal.

Claro que era problemático e incómodo, pensábamos y sentíamos que se nos estaba señalando como los responsables de toda la violencia que se ejerce contra los cuerpos de las mujeres, ¿a nosotros?, a los que estábamos ahí para cambiar la realidad, a los que ya nos considerábamos abanderados como “activistas sociales” y “agentes de cambio”. No había más que pensar y afirmar que el feminismo no buscaba otra cosa que promover el odio por los hombres.

Por mucho tiempo yo pensé que si quería aportar a esa lucha entonces tenía que bloquear muchas cosas que me vincularan a ese ser patriarcal que yo mismo era, como no

tener amigos que pensarán o dijeran cosas machistas, como rechazar las formas de ser de los hombres de mi familia, como afirmar que las mujeres de mi familia también eran machistas porque ellas eran las que habían educado a sus hijos así, entre muchas otras cosas. Comenzó a manifestarse en mi vida un rechazo in limine por todas las cosas y personas que fueran contrarias a eso que yo estaba entendiendo como transformación social.

Hubo un punto de quiebre muy importante en mi transición adolescencia-juventud, uno en el que me vino como correntada de agua dar cuenta de que había aprendido que para ser diferente tenía que abandonar muchas cosas de mi propia historia y de mi identidad porque poco o nada tenían que ver con ese “futuro de bienestar” del que se hablaba. Es precisamente la educación popular, legado que no dejo de agradecer a mis maestras y maestros, y en especial a la lucidez que Paulo Freire<sup>1</sup> me entregaba cuando decía que “la educación es una práctica de libertad”, y que me lleva a moverme de lugar ante este reconocimiento de la violencia patriarcal.

Trabajar por más o menos tres años como facilitador para Asociación SERniña en temas de violencia y equidad de género junto a niños y adolescentes hombres de diferentes comunidades de Sacatepéquez me hizo dar cuenta de que este comportamiento patriarcal efectivamente estaba siendo aprendido todos los días por los cuerpos y mentes de los niños y adolescentes, pero a pesar de estar siendo aprendido en todo momento y lugar, no era una concepción totalitaria o priorizada en su cosmovisión ya que al realizar preguntas vinculadas a la violencia entre niños y niñas notábamos que, efectivamente, existía un reconocimiento propio y primario de que algo injusto estaba sucediendo.

Dentro de la existencia de conductas réplicas de las de los hombres adultos había un invencible sentido de justicia y afecto que no cedía ante lo que ellos consideraban que era lo que sabían que eran o lo que entendían que eran, hombres. En ese punto logro desconocer y ver como cruel una afirmación que había escuchado no mucho tiempo antes sobre los niños frente al sistema patriarcal: Que son agresores en potencia.

Esto no me llevó a desconocer que efectivamente los niños estaban ejecutando violencia desde sus cuerpos, entendiéndose bajo ese ser hombre que todos los espacios en los que comparten les repetían en todo momento como la única forma en la que debían ser y podrían vivir.

Me preguntaba: ¿Es fructífero para las luchas antipatriarcales señalar a un niño como un agresor en potencia?

Este momento fue muy impactante, pero a la vez políticamente fértil en la medida en

---

<sup>1</sup> Freire, P. (1986). *La educación como práctica de la libertad*. Siglo XXI Editores.

que logró aumentar mi campo de visión sobre la existencia de un modelo sistemático de instrucción y aprendizaje del ser hombre presente en la vida de los niños y adolescentes.

En los últimos años la vida me ha llevado más cerca de espacios y vínculos con hombres adolescentes desde la mirada pedagógica y social que pensadores como Freire han aportado de forma tan clarificadora y vigente. Es aquí que comienza a revelarse con mucha más fuerza esta figura que había comenzado a identificar en los espacios con niños y que la vez me lleva a tomar este punto para hacer un señalamiento importante sobre el tema que me ha traído a desarrollar esta idea, lo que hoy conocemos como nuevas masculinidades.

Uno de los puntos de inflexión más importantes de este tránsito y militancia de vida fue ser miembro cofundador de Divergencia Colectiva, un esfuerzo por construir una plataforma juvenil que funcionara como semillero de pensamiento desde la diversidad de miradas sobre la realidad. Es aquí donde comienzo a reconocer y a leer de forma más compleja que la masculinidad no solo es un asunto de género, también es un asunto racial y de clase que debe verse en ese complejo para poder materializar palabra y acción coherentes con la experiencia de vida de los niños, adolescentes, jóvenes, adultos y ancianos.

## La figura del padre: ¿Quién es? Y ¿Dónde está?

Estos momentos de acompañamiento y trabajo con niños, adolescentes y jóvenes lograron ir identificando frases repetitivas en el trabajo de análisis de la masculinidad que develaban una impropiedad de la responsabilidad política de eliminación de la violencia patriarcal. Sucede que en muchos espacios y momentos de análisis de lo masculino afloran frases como “así me enseñaron que tenía ser”, “si mi papá hubiera estado conmigo...”, “muchas mujeres son las responsables de que sus hijos sean así”, entre varias otras, hablan sobre una instrucción social que no es necesariamente directa y lineal sobre ese ser hombre en la que se imita a un padre biológico machista y violento en los casos en los que éste es presente, sino que incluso ante la existencia de una paternidad ausente no deja de sostenerse la instrucción dentro del régimen conductual de lo masculino.

Digo que la figura del padre es un *supra ente* porque recubre todos los ámbitos de relacionamiento social instrumentalizando los cuerpos de los hombres para el sostenimiento del patriarcado y que también puede ser un ente incorpóreo funcional.

Y es funcional porque la instrucción patriarcal puede suceder desde la familia, desde las comunidades, desde la identidad territorial, desde la iglesia, la escuela y la mayoría de los espacios en los que los hombres aprenden las formas sociales de convivencia que les

son adecuadas y permitidas. Además, sucede que esa instrucción puede incluso ser interiorizada por los cuerpos de las mujeres ante el mandato de educar a los hombres como hombres para que no corran el riesgo que constituye la feminización de sus cuerpos y vidas al posibilitar la falta de bienestar o seguridad que significaría para un hombre no cumplir con el constructo del hombre ideal.

Esa figura del padre tiene como principal recurso de sobrevivencia la construcción de un hombre idealizado, con todas las características ya conocidas: Fuerte, valiente, defensor, proveedor, promiscuo, etc.... Pero ante el análisis interseccional de la masculinidad resulta que ese hombre es, también: blanco, heterosexual, adinerado, entre otras. Y esta figura idealizada tiene como objetivo clave su inalcanzabilidad, es decir, se sostiene porque los hombres vivimos caminando hacia ese ideal sin observar la violencia que emana de nuestros cuerpos contra las mujeres, contra otros hombres y contra nosotros mismos.

No debe asumirse que la figura del padre es lo mismo que el padre biológico, busco desentender esta relación asumiendo al padre biológico como otro hombre instruido e instrumentalizado por esta al igual que los otros porque no necesariamente va a representarla en su totalidad cuando se hable de un padre violento o abusador versus las identidades de padres contrarios a la identidad machista.

## Masculinidades: ¿Por qué “Nuevas”? ¿Por qué “Sanas”?

Dos de las maestras más importantes que he encontrado en mi vagabundeo y mutación política buscando el oriente de la alegría máxima han sido las maestras Carmen Álvarez<sup>2</sup> y Emma Chirix, tomo como punto de partida para esta idea las palabras de Emma cuando dice:

*Hasta ahora, los estudios sobre relaciones de género en el país han sido realizados por mujeres y se han centrado en el análisis de la situación y condición femenina (...). La creación del campo de investigación sobre la masculinidad es reciente. Este es un campo nuevo, incompleto, en donde hombres y mujeres inician conversaciones, reflexiones y análisis sobre el significado de la masculinidad en otros países. En Guatemala aún es relativamente reciente la producción de teoría y análisis sensible alrededor de género y masculinidad. (Chirix, E. 1997)*

Emma hace esta afirmación en el año 1997, hace 27 años. Visualizando los trabajos realizados posterior a esa fecha respecto al análisis sociocultural de la masculinidad es

---

<sup>2</sup> Divergencia Colectiva. (2020, 12 de marzo). Recuperar el oriente y sanar: Un trabajo político. (Video). YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=0Q5Wa7rwnLY&t=584s>

evidente que su señalamiento sigue vigente, aunque se ha hecho labor importante desde los espacios de las ciencias sociales y el trabajo comunitario de eliminación de la violencia aún existen dinámicas preexistentes reconfiguradas y algunas que han nacido desde los acontecimientos por los que ha atravesado la identidad masculina en los territorios de Guatemala.

Me parece especialmente problemático el asunto del nombramiento de las formas contrahegemónicas y antipatriarcales de ser hombre como “nuevas” o “sanas” porque de cierta forma pareciera que los [pocos] espacios en los que se aborda el tema lo hacen desde una visión bastante vinculada a la visión cristiana de la conversión antes que un proyecto político con acciones propias puntuales y cotidianas y de trastoque del poder de la cual los cuerpos y mentes de los hombres tienen papel activo.

Al respecto de señalamiento inmediato de los hombres (independientemente de su edad o de otras categorías sociales) y de apostar por lo “sano” y por lo “nuevo”, recuerdo la forma en la que bell hooks (2003) contemplaba el problema de la masculinidad y de la reducción de la posibilidad política de transformación del régimen de lo masculino:

Simplemente etiquetarlos como opresores y descartarlos [significa] que nunca tenemos que dar voz a las lagunas de nuestro entendimiento o hablar de la masculinidad de maneras complejas. No tenemos que hablar sobre las formas en que nuestro miedo a los hombres distorsiona nuestras perspectivas y bloquea nuestra comprensión.<sup>3</sup>

Aquí se señala como necesaria una visión profunda y crítica sobre la ubicación del patriarcado en la corporalidad, mentalidad y sexualidad masculina desde la propia mirada de los hombres y una de las principales razones por las que no sucede es porque no son comunes los espacios que salen de esta visión “curativa” de la identidad de los hombres, por lo que se construyen dinámicas de instrucción, tutelaje e incluso “domesticación” de la identidad masculina respecto a los movimientos por la equidad de género para obtener el (a mi punto de vista infértil políticamente) título de aliado o de hombre deconstruido.

Es urgente centrar estos esfuerzos en esa voluntad de cambio de la que habla hooks, en otras palabras la construcción de una ética relacional que inicie paralelamente entre la sanación de las relaciones y hechos vividos y guardados en el cuerpo y un desafío material de las estructuras de poder que permiten y reproducen ambos antes que perpetuar la victimización y la culpabilidad como fórmulas para el cambio de imaginarios, pues estos dos lugares podrían ser fácilmente señalados como el lastre en este cambio de paradigma.

## Hacia una pedagogía de la traición

---

<sup>3</sup> Hooks, B. (2003). *The will to change: Men, masculinity and love*. Bellaterra.

Es en este punto donde quiero hacer énfasis en el trabajo pedagógico y de acompañamiento con niños, adolescentes y jóvenes de forma transversal respecto a las formas en las que la violencia atraviesa nuestros cuerpos, territorios e historicidades.

Hablar sobre la forma en la que las generaciones presentes están digiriendo su propia identidad obliga a realizar un ejercicio de análisis interseccional de las condiciones sobre las que opera la figura del padre, es decir, que es urgente romper con el absolutismo de la opresión o del privilegio y observar a las identidades masculinas como imbricaciones de categorías sociales de poder que individualizan las experiencias frente a la figura del padre y al patriarcado en general.

Ese mismo patriarcado construye en conjunto con la racialidad y la clase, e incluso lo etéreo, subalternidades masculinas en las que no basta con ser hombre para tener un ejercicio de poder derivado del privilegio de forma plena o sin que esto deje de significar el anhelo por el ser hombre que le aporta sostenibilidad a esa masculinidad dominante por sobre los cuerpos de hombres racializados y/o empobrecidos según sus condiciones y contextos incluyendo a los niños, adolescentes, jóvenes y ancianos.

Y es que estos esfuerzos no deben de redireccionarse hacia las mujeres como un neomaternaje de los hombres al señalar lo que se debe o no debe hacer para este trastoque de poder, sino que es un espacio propio y un ejercicio de toma de responsabilidad y compromiso político y sensible por alcanzarlo, claro que apostamos porque se formen realidades en las que hombres y mujeres trabajemos por preservar la vida, pero en el caso de la renuncia y la traición al patriarcado y las condiciones de dominación en las que hemos sido ubicados son tarea de los hombres mismos.

La pedagogía de la traición es la mutua formación y deformación de la visión desde la que hemos entendido nuestro lugar en el mundo y del que deviene mucho de nuestra cosmovisión al ser parte del patriarcado el antropoceno y el androceno reconociendo como la única experiencia válida la vida de los hombres dentro de la construcción social del género masculino.

Nos toca acuerparnos entre nosotros, incomodarnos entre nosotros y posibilitar el vernos fuera del patriarcado, de su instrucción y formación de pactos violentos a través de la figura del padre, no es conversión ni alienación, es traicionar y destruir estas formas de habitar el mundo.

## El acompañamiento y la sanación de las relaciones

También dice Carmen Álvarez Medrano (2020) que sanar es un trabajo político en una realidad que nos educa en la violencia contra otras, otros y nosotros mismos; lastima

nuestro lóbulo frontal, que es el que nos ayuda a ver el futuro.

Una pedagogía que posibilite la liberación del orden patriarcal pasa por el reconocimiento de nuestra corporalidad, espiritualidad y sexualidad como hombres formados en el miedo y la desconfianza, en seres que no se entienden a sí mismos desde la sensibilidad, puesto que les significaría violencia y rechazo, porque ser seres sensibles nos significa ser desvalorizados y por ende alejados del violento bienestar que representa el ser hombre que entendimos como único e incuestionable guion de vida.

Esa sanación debe entenderse también desde nuestras sexualidades que juegan papel importante en ese ejercicio de la dominación masculina respecto a los deseos y placeres propios priorizados respecto a otros cuerpos. Poco o nada se habla sobre la violencia sexual que se ejerce contra los cuerpos de los niños, adolescentes y jóvenes todos los días, cometidas principalmente por hombres adultos, poco se habla sobre el acompañamiento a hombres sobrevivientes de violencia sexual y que hieren su identidad y experiencia del deseo y el placer haciendo que la violencia sexual forme un círculo no trabajado.

Para que sea posible un abandono y traición de la figura del padre es imperativo acompañar para revertir las experiencias de violencia vividas en los cuerpos de los hombres ejecutadas por otros hombres, y no hay fórmula, porque la sanación y la liberación no son procesos lineales de curación o que deban ser tutelados, no es posible construir una autonomía que cimente las bases de una ética de vida anti patriarcal si no se reconoce que todas las personas tienen ya una autonomía y sabiduría propias de las que se espera ser acompañantes.

Es así, que se busca reorientar el quehacer de la erradicación de la violencia para que este salga de las doctrinas de castigo, culpa y victimización hacia el desafío activo y consciente del orden patriarcal para redefinirnos en el tiempo/espacio, en la historia y el territorio, no olvidando que los afectos, la ternura y la alegría serán nuestro sustento mientras caminamos.

Sobre la sanación de la corporalidad hablamos de trabajar nuestra identidad, los rechazos y desconexiones producto de la violencia física y sexual vivida, buscar la revinculación y la consciencia sobre este espacio que también es tierra de disputas y liberaciones y que por tanto es política.

Al hablar sobre la espiritualidad es necesario escapar de la deshumanización, deificación y vilificación de la que nuestros cuerpos y conductas son objeto en esa dominación, de las concepciones sacralizadoras de los cuerpos masculinos y la visión pecaminosa de los cuerpos de las mujeres que la occidentalidad y el cristianismo dominante han construido a través de la historia y que pasa también por la validación única de los conocimientos y espiritualidades ejercidos por hombres blancos cristianos

heterosexuales de occidente frente al conocimiento y espiritualidad de todas las identidades que este ideal relega al espacio de lo subalterno y de la otredad.

Y es también sexual porque busca que todas las personas, en especial las mujeres, puedan vivir experiencias eróticas de poder y experiencias completas frente al deseo y a los placeres del cuerpo que destruyan la construcción del régimen sexual del faloceno que no permite valorar experiencias sexuales compartidas que rompan con la validación de las relaciones coitales como las únicas opciones de contacto sexo genital o de prácticas sexuales existentes que parcializan el placer alrededor del pene en el marco de la heterosexualidad como norma y régimen político de vida.

Es entonces la sanación en el marco de la dominación patriarcal un elemento primario puesto que permite en los hombres jóvenes posibilitar su presente y proyecto de vida fuera de la perpetuación de la violencia que esta figura del padre ha logrado utilizando sus cuerpos como los vehículos de transporte y perduración de sus formas de administrar la vida.

## Sanar la relación con el padre

No quisiera terminar este ensayo sin poner especial énfasis en la sanación de nuestras relaciones como hombres jóvenes frente a los hombres que nos dieron vida, nuestros padres.

En el proceso de sanación y desaprendizaje siempre va a ser una constante el papel de nuestros padres biológicos respecto al ejercicio de conducta y violencia patriarcal por muchos aspectos que ya se han mencionado antes pero que vale la pena traer de nuevo al desarrollo del tema.

Es importante humanizar a nuestros padres, entender que dentro de este orden han tenido una posición bastante similar a la nuestra frente a la vivencia y/o ejercicio de la violencia en el cuerpo.

Cuando satanizamos la forma en la que se ejerció la vida y posterior crianza por parte de nuestros padres volvemos a caer en esa idea de descarte que veía como peligrosa bell hooks para la eliminación de la violencia en todas sus formas; es necesario que se busque trabajar la relación con el padre que ha vivido y/o ejercido violencia, como menciona Kaufman: “de una forma que simultáneamente cuestione sus percepciones y privilegios patriarcales y llegue a ellos con respeto y compasión (...). A través de tal respeto, estos hombres pueden, de hecho, el espacio para cuestionarse a sí mismos y unos a otros. De lo contrario, el intento por llegar a ellos solo alimentará sus inseguridades como hombres para quienes la violencia ha sido su compensación tradicional (Kauffman, 1999).

Y es que no es posible un ejercicio completo de liberación cuando nos ubicamos a nosotros mismos en el espacio del avanzado o del iluminado frente a nuestros iguales, aunque esto no busca escencializar el trabajo de erradicación de la violencia patriarcal toda vez que no pase por la integración del padre biológico, sino que motiva a que esto se intencione y posibilite como un elemento integrador del trabajo de sanación de ambas experiencias dentro del orden patriarcal y el régimen de masculinidad hegemónica en el que coexistimos.

Honrar su existencia es necesario, cuestionar la violencia que han vivido y ejercido también lo es.

Ambas son urgentes si lo que anhelamos es la preservación de la vida, el amor, la ternura y la alegría máxima, signifique esto vincularnos o soltarnos según nuestras historias se hayan hilado y vinculado.

## La insostenibilidad de la violencia patriarcal

Soy un ferviente defensor de la niñez y las juventudes como la alianza definitiva para la eliminación de todas las formas de violencia que nos atraviesan y nos roban la energía, alegría y vida todos los días.

En el contexto guatemalteco, se está viviendo una época política y social profundamente regresiva respecto a las formas en las que se vive y habita el territorio, este contexto constantemente busca arrebatarnos la vida y la libertad para recordarnos nuestro lugar en el espectro del poder hegemónico.

Esta pedagogía de la traición no concluye en una experiencia de liberación personal respecto a la masculinidad, sino que también postula atacar directamente a todas las formas sociales, jurídicas e institucionales en las que la dominación se ha legitimado a través de la historia y que ha dejado heridos, pero no de muerte, nuestros cuerpos, mentes, espíritus, conocimientos, sueños, anhelos y deseos.

Confío plenamente en que desde hace mucho tiempo esto ha comenzado a ser cuestionado y craquelado por muchos hombres y mujeres que han dejado incluso la vida en ello, y también hay que ser traidores de la idea del sacrificio para hacer frente a la aniquilación de nuestras vidas producto de la opresión para la preservación del bienestar de las hegemonías que no han tenido la necesidad de hacerlo.

Este es un primer paso que quiero dar desde mi trinchera, es un compromiso que anhelo hacer crecer tras haber visto con mis propios ojos al patriarcado fracturarse en las formas en las que los niños, adolescentes y jóvenes han decidido cuidar sus vidas y las de las personas que son parte de ella, que he visto desde la reconfiguración de los afectos y la ternura como apuesta política, tomando parte cada vez más de mi propia realidad

inmediata y que comparto de muchas formas con mi familia, amigos, compañeras y compañeros.

Que la vida nos rebalse hoy y siempre.

En las faldas del volcán Jun Ajpú, julio de 2022.